

Intervenciones del Padre Ismael Quiles, S.J. en las exposiciones y diálogos en el Coloquio "Diálogo de las Culturas", Buenos Aires (Villa Ocampo) del 29 de noviembre al 2 de diciembre de 1977*

29 de noviembre:

Deseo presentar algunas reflexiones sobre el pluralismo cultural, algo así como una base metafísica del pluralismo de las culturas. El pluralismo cultural puede considerarse como una necesidad inevitable, y para algunos es, tal vez, un mal inevitable. En general uno considera la cultura propia como la que expresa mejor la realidad total del hombre, de la historia y a las otras culturas las mira como en situación de competencia. Por un empeño instintivo, en cierto modo se tiende a imponer a los demás los puntos de vista de la cultura propia, lo que impide el coloquio intercultural, el diálogo de las culturas.

Veo una analogía muy profunda entre el diálogo de las culturas -que podríamos llamar diálogo intercultural- y el diálogo interpersonal. Fundado en esta analogía surge, en primer lugar, que las diversas culturas tienen todas una unidad de origen, del que no pueden despojarse. Esa unidad de origen es la esencia humana misma. Todas las culturas son expresiones de la realidad lograda por un grupo humano. Cada grupo y cada uno de los integrantes de esos grupos tiene la experiencia humana fundamental, que es básicamente la misma en todos los hombres. Por muy diversa que sea la cultura en Japón o Estados Unidos o en España, en cada caso no se trata sino de expresiones de una misma esencia humana. Por lo tanto, en primer lugar hay unidad de origen.

En segundo lugar, dentro de esa unidad de origen advertimos una pluralidad de expresión. Cada grupo tiene una forma de expresar la misma experiencia humana. De ahí que haya tantas culturas distintas como grupos humanos existentes. Y aunque todos los individuos somos seres humanos y tenemos la misma naturaleza humana, cada uno expresa esa naturaleza de una manera original, distinta de las demás, irreductible, irreplicable. Por lo que, necesariamente, hay tantas culturas como grupos humanos constituimos.

* A 20 años de la publicación del Coloquio "Diálogo de las Culturas" en la revista *Sur* enero-junio 1978.

Tercera consideración: dentro de esta unidad de origen y de pluralidad de expresiones, observamos también que ninguna de las expresiones humanas es capaz de expresar totalmente la realidad del hombre. Todas las expresiones humanas de la cultura son limitadas. No abarcan, no alcanzan a expresar la riqueza de la experiencia humana, pues cada uno de los hombres es limitado y no puede expresar totalmente sus experiencias. Esa realidad es inefable para nosotros mismos. Somos limitados individual y grupalmente para expresar la realidad de nuestra vivencia humana. De ahí que las culturas sean también esencialmente limitadas.

Consecuentemente, como cada cultura refleja una parte limitada, resulta que las culturas son complementarias. Cada una va reflejando - por naturaleza, diríamos- una faceta distinta, o poniendo énfasis en una faceta distinta. Cada individuo, cada grupo, ofrece un enfoque diverso de la experiencia humana total y por lo tanto es limitado, pues sólo abarca una parte de la experiencia. Finalmente: el análisis de estos datos de la realidad de la historia de las culturas muestra que todas las culturas son limitadas y distintas, cada una con su originalidad propia, pero a la vez todas son convergentes. Puede hablarse, por ello, de la convergencia de las culturas.

Las diversas culturas expresan un esfuerzo nunca agotado y que nunca se agotará en la humanidad, por expresar toda la riqueza de vivencias y experiencias humanas que insignifica la vida de los individuos, la vida de las sociedades y la historia de la humanidad. Y en esa convergencia de culturas van poniéndose de relieve aquellos aspectos que son más esenciales para el hombre, para la humanidad. Los aspectos más constructivos, más positivos, como la justicia, la paz, el amor, la comprensión, la esperanza, la fe en la vida, etc.

Por lo tanto, el fenómeno de la pluralidad de las culturas no es un mal necesario ni mucho menos. Es una expresión de la infinita e inagotable riqueza que es la experiencia humana, que filósofos esforzados a lo largo de la historia por expresar la esencia del hombre y de las cosas, nunca llegan a agotar. Todas las culturas realizan un esfuerzo por expresar en mil formas posibles: plástica, política, intelectual, social; la riqueza del ser humano, de la experiencia humana individual y social. Esto nos lleva a admitir la pluralidad de las culturas como un gran estímulo para

que tengamos una gran apertura universalista. Todas las culturas son válidas a su manera; todas aportan su respectivo caudal. Pero al mismo tiempo, para que cada cultura refirme su propio valor -tal como cada persona tiene que afirmar su personalidad frente a los demás- ha de tener conciencia de sí misma. De esta manera se logra una conciencia universalista, en la que cada uno de los miembros tiene afirmada su propia conciencia: una comunión con lo universal que afirma la propia personalidad en este diálogo universal de las culturas.

2 de diciembre:

Quería agregar hoy un doble testimonio de dos aspectos que, me parece, están muy unidos en mí. El primer testimonio se refiere a las culturas orientales y el segundo se refiere a la UNESCO.

Afortunadamente contamos aquí con la presencia del espíritu oriental en varias intervenciones. Las del señor Takemoto se han referido al budismo, al espíritu japonés, que encarna muy bien el espíritu oriental.

Me propongo dar testimonio de lo que a mí me ha impactado y me ha impresionado en la cultura oriental. Debo confesar que mi primera visita a Oriente, en uno de los viajes que hice con la ayuda de la UNESCO, me llamó soberanamente la atención observar que el Occidente y sobre todo la Iglesia Católica tenía, por así decirlo, un rostro occidental en Oriente. Las iglesias eran de estilo occidental, la lengua era el latín (esta experiencia tuvo lugar antes del Concilio; era preconciliar). Ahora las cosas han cambiado. Sintetizaré las etapas por las que ha pasado el diálogo entre Oriente y Occidente.

Se inició como imposición cultural del Occidente que llegó a Oriente e impuso todo: la religión, el arte, la lengua, etc. Luego el Occidente, particularmente el catolicismo, descubrió el Oriente, descubrió al 'otro', lo que es una condición necesaria para el diálogo. En la primera tentativa el Padre Ricci y de Nobile en la India reconocieron los valores de las culturas china e india y no quisieron destruirlos, sino a la inversa: hablar en católico sobre las mismas. Lamentablemente después de este primer descubrimiento se apagó el diálogo y se volvió a la desvalorización de las culturas orientales, al desconocimiento del 'otro'. Esta situación se mantuvo durante mucho tiempo, hasta mediados y

quizás hasta fines del siglo pasado. Aurobindo cuenta que su padre se avergonzaba de ser indio, de su cultura oriental, por lo que quiso darle a él una educación totalmente inglesa.

Pero ya en este siglo se produjo una suerte de reencuentro, de autoafirmación de las culturas, de reconocimiento mutuo y, en lo que respecta a la Iglesia Católica, ese proceso ha culminado de una manera brillante, creo, en el documento del Concilio Vaticano referido a las religiones no cristianas, que es un testimonio preciso y emocionante sobre el hinduismo y el budismo. Es en cuanto al proceso histórico.

En lo referente al contenido, me impresionó la monumentalidad de la cultura de Oriente, la colección de Libros Sagrados del Oriente. Yo estaba orgulloso de nuestra cultura occidental y cristiana con todos los Santos Padres, los teólogos, los comentaristas, las colecciones latinas y griegas. Pero cuando llegué a la biblioteca de la Universidad de Tokio, con el profesor Nakamura que estudiaba las religiones en Oriente y vi las enormes colecciones de Libros Sagrados y de grandes comentaristas, quedé verdaderamente abrumado. El aporte de los Vedas y las Upanishads es infinito, tanto cuantitativa como cualitativamente.

Al principio tuve dificultades para dialogar con Oriente, con el hinduismo y con el budismo, a los que me refiero principalmente ahora, aunque podría decir lo mismo del taoísmo. Me encontré con grandes diferencias y con una sensibilidad muy distinta de la occidental. En realidad, todo lo que decimos en Occidente también lo dice el Oriente, pero se hace con otro enfoque, con otra mentalidad, otro relieve y eso cambia totalmente el panorama, la visión.

Enumero rápidamente, por cuanto son muy conocidas, las grandes diferencias con las que me encontré:

Existe una especie de absolutización de lo absoluto, de lo impersonal, que me chocaba mucho, pues soy sumamente personalista; de lo arracional (hay que hacer un esfuerzo enorme para expresar lo que está más allá de la razón); de lo trascendente, por contraposición a lo temporal y a lo material, que se diluye en lo trascendente absoluto. Y en cuanto a la aproximación del hombre a Dios, el hombre resulta más Dios que hombre, pues si "tú eres esto", tú eres el absoluto, el hombre se hace uno con el absoluto. Tal aproximación del hombre a Dios hace que ya el hombre sea el absoluto mismo. En Occidente, en cambio,

tenemos que el hombre es más hombre, más distinto, más diferenciado de Dios.

El diálogo parecía un tanto difícil, pero mirando más al fondo (no haciendo puente sino entrando por debajo, como diría Marías), me di cuenta que nos encontramos en lo más importante, a pesar de estas diferencias.

Son estos los puntos de encuentro, de acuerdo a mi propia experiencia. Es semejante el punto de partida, todos partimos del hombre. La pregunta inicial es: ¿qué es el hombre?

El segundo punto de encuentro: el problema de la realidad verdadera. ¿Cuál es la esencia del hombre?, diríamos nosotros en la filosofía y ellos dicen: ¿cuál es la realidad verdadera, la última realidad, el verdadero Yo en oposición al no-Yo, al yo irreal? O sea, ¿cuál es el Yo natural por oposición al yo ilusorio? el yo último, ¿la última realidad del hombre? Hay coincidencia en la situación.

Tercer punto de encuentro: la capacidad del hombre para conocerse; confianzan en el hombre, confianza en el conocimiento, confianza en la humanidad, confianza en la salvación.

Cuarto punto: el valor de la experiencia. Ellos recurren más que a lo racional abstracto a la experiencia vivida. En el fondo, también todo el Occidente desciende para fundar la ciencia en la experiencia.

Quinto punto: el método de la interioridad, es decir, el recurso a la experiencia interior para conocer al hombre.

Sexta coincidencia: la trascendencia. Tal vez en el Oriente está más presente que en Occidente, pero siempre es trascendencia, es decir, el Absoluto absoluto, al máximo, que hace imposible la expresión de lo inefable, lo impersonal. La impersonalidad viene a expresar la absolutez de lo Absoluto, eso que se ha llamado y se llama 'el vacío'. Llega un momento en que el absoluto quiere ser tan absoluto que ya es vacío, la Nada, el Silencio. He encontrado en Oriente el mayor esfuerzo de la inteligencia humana por expresar lo inefable de la realidad, del Absoluto, lo ininteligible de lo Absoluto.

Dice uno de los versos de las Upanishads: «El que recurre a la ignorancia se interna en las más densas tinieblas, pero en no menos densas tinieblas se interna el que recurre sólo a la sabiduría». Emplea los términos de "avidia" y "vidia". Es decir, tanto por la "avidia" como por la

"vidia" entran en las más densas tinieblas. Esta es la gran paradoja y comprenderlo, no perderse en esto es lo importante. Saber que con esto se accede a la verdadera realidad. Este enorme esfuerzo de la inteligencia lo han hecho racionalmente Nagarjuna y Shankara.

Último punto de coincidencia: la relación del hombre con el Absoluto. El hombre se encuentra necesariamente ligado al Absoluto, a tal punto que el Absoluto lo absolutiza al hombre. En esta relación reside la mayor diferencia de sensibilidad entre lo occidental y lo oriental. Porque en la filosofía occidental, el hombre afirma más la realidad del hombre y en la filosofía oriental, en el hinduismo y en el budismo, el hombre casi está en el Absoluto mismo. Pero esto constituye, creo, una gran base para el diálogo, en lo que yo me reencontré a mí mismo en el otro y me enriquecí en mi concepción de la filosofía, en mi concepción de la religión, en mi concepción de la filosofía del hombre, sin por eso dejar de ser tan personalista como antes.

Pero el punto del gran encuentro, en el que no aparece ninguna diferencia, casi, es en el de las experiencias místicas de Oriente y Occidente. Tanto en las grandes experiencias místicas del Zen budista, de los maestros del zen del siglo XIII como en las experiencias místicas del Islamismo, como en la experiencia de los místicos cristianos, en todas aparece la unidad de la experiencia humana frente a Dios. Es decir, en la vertical nos encontramos todos. Este es mi testimonio sobre la cultura oriental.

Voy a mi testimonio sobre la UNESCO. A mi parecer, la historia del diálogo de las culturas entre Oriente y Occidente ha sido muy difícil. Desconocidas las culturas de Oriente hasta hace relativamente poco, y desconocidas hasta hace relativamente poco las culturas africanas, las prehispánicas en América, hay que reconocer que gracias a los programas de la UNESCO, dentro del espacio de la UNESCO, ha sido posible el diálogo entre las culturas. E incluso si hemos llegado a esta reunión aquí, en esta casa, gracias a Victoria Ocampo, el mérito fundamental corresponde a la UNESCO.

— TADAO TAKEMOTO (Japón): Padre Quiles, usted ha dicho que el hombre está necesariamente vinculado a lo Absoluto. Estoy de acuerdo. Sin embargo, quisiera que usted me precisara si ese Absoluto es, para usted, lo mismo que el Creador del mundo.

— P. ISMAEL QUILES: En términos generales no se puede hablar de Creador, solamente del Principio, sin referencia a la Creación. Creación supone una distinción muy nítida entre el Principio y el todo. Creo que el Principio de todo es universal. «Honor al primer principio de todo», dicen las Upanishads. Principio, no Creador, que ya es una concepción más definida.